

Sorprende la ligereza con que ciertos hispanistas encaran una temática artística de tanto peso y complejidad en el ámbito de la monarquía católica como la religiosa, que exige inevitablemente un amplio tratamiento multidisciplinar para su debido estudio. En el catálogo de la importante exposición *The Arts in Latin America*, de 2006, hablando del lienzo *Exaltación franciscana de la Inmaculada Concepción*, pintado por Basilio de Salazar en 1637 (Museo Regional de Querétaro), Suzanne Stratton-Pruitt, que aunque señala el empeño de los Habsburgo españoles en llevar adelante el correspondiente dogma, nada dice sobre el detalle de la corona imperial, manifiesta una total incompreensión de la por entonces debatida doctrina, pues confunde la Inmaculada Concepción, o sea, la teoría de que la Virgen fue concebida sin pecado original, con la concepción virginal, que implicaría la maternidad virginal de Santa Ana, privilegio exclusivo de María respecto al nacimiento de Cristo.

José Luis SOUTO
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (España)

BRUNO, Paula, *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014, 317 pp.

En la introducción que precede al desarrollo de los diferentes capítulos que conforman esta obra colectiva, la propia directora, Paula Bruno, advierte la apuesta de este volumen por ensayar una historia social de la vida cultural porteña y aquí es donde radica la novedad y pertinencia de este libro. El punto de partida para el estudio de las distintas formas de sociabilidad se hallaría en la década de 1860, con la caída de Juan Manuel de Rosas y la llegada a la presidencia de Bartolomé Mitre las sociabilidades de carácter cultural se multiplicaron y desarrollaron nuevas formas de comportamiento y actuación que permiten establecer ciertas características comunes alrededor de una constante significativa, el aparente y engañosamente simple «deseo de reunirse».

En cuanto a los aspectos formales, la obra es fruto de nueve colaboraciones realizadas por autores pertenecientes a distintas disciplinas pero especialistas todos ellos en el periodo establecido. Diferentes propuestas y perspectivas que tratan de reconstruir la vida cultural porteña entre 1890-1930 a través de los múltiples ámbitos de sociabilidad y la variedad de perfiles intervinientes en la formación de cada una de ellos. Un periodo que no es elegido como fruto del azar: los setenta años aquí estudiados permiten mostrar el panorama de tres momentos de la historia cultural de Buenos Aires. Aunque el abordaje del mismo podría ser múltiple, en función de cómo se piensen las sociabilidades, la directora apuesta por el orden cronológico, lo cual permite comprobar la especificidad de cada experiencia analizada, la coexistencia de varias de ellas y la evolución de los diferentes ámbitos de sociabilidad. Teniendo en cuenta la cronología, pero también los intereses de cada uno de ellos, podríamos agrupar los distintos capítulos en tres grupos. En el primero se encuentran: El Círculo Literario, El Círculo Científico y Literario, La Academia Argentina de Ciencias y Letras, Las Sociedades

Espiritistas y Teosóficas y El Ateneo. Caracterizados todos ellos por dejar al margen temas políticos y centrar su atención en las dinámicas culturales del país. Un segundo grupo sería el compuesto por la vida bohemia en Buenos Aires y las controversias entre socialistas y anarquistas durante la década de los ochenta y noventa. El tercer grupo, reúne los capítulos sobre el Colegio Novecentista y Cursos de Cultura Católica que acompañan el cambio de siglo hasta la década de 1920, cuando se produce un proceso de profesionalización de las disciplinas y un auge de proyectos culturales renovadores de distinto signo. El libro incluye además la perceptiva introducción realizada por la directora del mismo y un apéndice sobre los autores donde se insiste en su formación y líneas de investigación. Cada uno de los capítulos muestran trabajos sólidamente documentados y con una exposición clara, una estructura dividida en epígrafes, unas conclusiones y una bibliografía citada que muestra un manejo solvente de la historiografía y las inquietudes teóricas o problemáticas de los autores.

El primero de los capítulos, realizado por Paula Bruno, y que podría considerarse el punto de partida de los siguientes, se centra en la creación y desarrollo del Círculo Literario en un contexto muy propicio: la multiplicación de los proyectos asociativos en la Ciudad de Buenos Aires a partir de 1852 y, por consiguiente, la organización de una nueva trama de relaciones. El Círculo Literario fue una iniciativa individual que surgió con la intención de crear un espacio de convivencia de distintos intereses en el terreno de la cultura. Lo característico, a la par que novedoso, de esta nueva institución fue que a su convocatoria acudieron hombres públicos de distintas edades, tendencias políticas e incluso procedencias geográficas. A través de los distintos epígrafes, Paula Bruno, va desmenuzando las fuentes de financiación, su organización y reglamento, sus conferencias y las disputas internas de sus integrantes. Así pues, el periodo estudiado, conduce a la autora a afirmar en sus consideraciones finales como el Círculo Literario terminó por convertirse en un escenario de tensiones entre las viejas y nuevas aspiraciones e incluso entre las distintas formas de entender las relaciones entre política y cultura.

El segundo capítulo, a cargo de Sandra Gasparini, reconstruye la evolución, actividades, y lugares de reunión de El Círculo Científico y Literario durante sus seis años de vida. Este Círculo, que tuvo más de literario que de científico, surgió en la década de 1890 en el contexto de una nueva oleada asociacionista y tuvo como medio de difusión de su proyecto a *La Revista Literaria*. Esta publicación es considerada por la autora como un «semillero» de temas relacionados con el proceso modernizador de la Nación argentina: inmigración, progreso y educación. Compuesto por jóvenes con proyectos de cambio e intereses cosmopolitas, el Círculo, fue testigo directo de importantes discusiones internas entre sus socios, que la autora analiza con claridad y acierto.

El tercer capítulo, a cargo de Daniela Lauria, aborda el estudio de la Academia de Ciencias y Letras y uno de sus proyectos más importantes en la década de los ochenta: la elaboración del Diccionario de Argentinismos. A través del estudio de actas, estatutos, biografías, cartas, crónicas, memorias e informes, Daniela Lauria analiza las representaciones y las prácticas de la cultura nacional en la Academia Argentina de Ciencias y Letras a la vez que reconstruye su programa fundacional,

sus objetivos, la variedad de sus actividades, las distintas esferas de actuación y, establece el perfil de sus miembros. Este ámbito de sociabilidad intelectual, que tuvo una vida de seis años, se diferenció de los tratados en los capítulos anteriores por su carácter activamente nacionalizante de la cultura y de la ciencia, lo que lleva a la autora a afirmar que éste se trató de un movimiento cultural de carácter patriótico, aunque funcionara con el espíritu abierto de los Círculos Literarios.

El cuarto capítulo, realizado por Soledad Quereilhac, aborda la evolución de las sociedades espiritistas y teosóficas porteñas entre finales de la década de los ochenta y principios del siglo XX, como la expresión institucional de dos corrientes que lograron combinar creencia y conocimiento. Las primeras noticias de espiritismo y teosofía llegaron a Buenos Aires en los años setenta a través de las migraciones europeas sobre todo de la española y a partir de ese momento sufrieron un paulatino crecimiento gracias a la difusión de sus ideas por medio de revistas propias. Sin embargo durante el siglo XX ambas sociedades siguieron caminos muy diferenciados, mientras que ciencia y espiritismo comenzaron a separarse, la teosofía multiplicó sus ramas en Argentina y el continente.

El quinto capítulo, a cargo de Pablo Ansolabehere, nos ofrece una reconstrucción de la vida bohemia en Buenos Aires (1880-1920) a través del análisis de los nuevos espacios de reunión y de los componentes de este tipo de sociabilidad no sin antes advertir los distintos alcances del término bohemia. Dos importantes figuras protagonizan este estudio: por un lado, Rubén Darío, como aglutinante del sector artístico y literario porteño, por otro lado, Carlos Soussens, como el paradigma del bohemio porteño cuyo espacio de sociabilidad principal fueron los hospitales.

En el sexto capítulo, realizado por Martín Albornoz, se analiza la controversia entre anarquistas y socialistas –con las figuras de José Ingenieros y Pedro Gori a la cabeza– como una forma de sociabilidad y el recorrido de éstos en la extensión de su acción política y cultural durante 1890-1902. Ambos grupos desplegaron un agresivo lenguaje literario de propaganda donde la violencia del enfrentamiento formó parte de esa sociabilidad. El análisis de las crónicas de los desencuentros permite a Martín Albornoz recuperar los intentos de estos grupos por crear una zona de sociabilidad en Buenos Aires que formase una cultura política de izquierdas. A partir de 1902 se atisban cambios importantes, a las conferencias comenzó a acudir un mayor público y los oradores, cada vez mejor preparados, supieron hacer de los desencuentros auténticos espectáculos políticos.

El capítulo siete, a cargo de Federico Bibbó, estudia los diez años de vida de El Ateneo desde su fundación en 1892 hasta su cierre en 1902. Esta nueva asociación, que tiene sus orígenes en las tertulias privadas celebradas en la vivienda de Rafael Obligado, fue pensada como un lugar de definición y resguardo de la cultura nacional y como un lugar para la difusión de las novedades literarias. El Ateneo se caracterizó por su carácter intergeneracional y se valió de distintos diarios para abrir sus propias secciones literarias como plataformas de lanzamiento de su proyecto. Como prácticamente todas las asociaciones tratadas a lo largo de este libro, El Ateneo, también, tuvo ciertas disputas internas, entre sus miembros, centradas en las definiciones de una cultura nacional. En 1896 se produce un cambio en la cúpula directiva que da

lugar a una reorganización interna donde los jóvenes serán los protagonistas, convirtiendo al Ateneo en un espacio más dinámico. Bibbó invita a preguntarse cómo se produjo el pasaje de lo tradicional a lo moderno y de qué manera se impusieron en su interior las nuevas definiciones de las prácticas literarias.

El capítulo ocho, a cargo de Maximiliano Fuentes Codera, se sitúa cronológicamente a principios del siglo XX y examina el Colegio Novecentista como un espacio de sociabilidad en la crisis de posguerra. Esta asociación tuvo importantes vínculos con Europa y estuvo formada por un grupo de jóvenes universitarios que se habían unido para acabar con el predominio del positivismo en los claustros de las distintas universidades porteñas. El estudio de este nuevo espacio de sociabilidad lleva a Fuentes Codera a afirmar que éste se caracterizó por ser una expresión del proceso de derivaciones tradicionalistas-autoritarias del movimiento antiliberal. Nada de esto podría entenderse sin la presencia del catalán Eugenio D'Ors en Argentina. Su visita, percibida como demostración de un proceso de renovación universitario, estuvo marcada por la situación de posguerra europea. D'Ors se movió en distintos espacios de sociabilidad, demostrando con ello una de las afirmaciones conjuntas de este libro, los ámbitos no eran excluyentes.

El noveno y último capítulo, a cargo de José Zanca, aborda los Cursos de Cultura Católica durante los años veinte como un ámbito de sociabilidad y pieza clave en la construcción de una cultura católica en Argentina. El autor propone estudiarlos a modo de «laboratorio» de una particular forma de modernidad religiosa que pretendía crear una nueva identidad católica. Estos Cursos, que fueron pensados como un proyecto de conversión, construyeron un modelo intelectual católico y permitieron el desarrollo de participación en lo religioso de manera libre y voluntaria. En su interior, surgió una nueva élite cultural compuesta fundamentalmente por jóvenes con inclinaciones hacia el modelo intelectual francés que abogaba por una captación de élites culturales como instrumento de evangelización.

Nos encontramos, en definitiva, ante una obra que cumple con creces el objetivo al que nos referíamos al inicio de esta reseña. El volumen de documentación aportado por cada autor y la calidad de cada uno de los capítulos, es, sin duda, el perfecto reflejo de una nueva y más sólida forma de abordar este tipo de estudios que permiten comprobar la pluralidad, coexistencia y condiciones de evolución de los distintos espacios de sociabilidad. La obra, además, deja una puerta abierta a aportaciones futuras, abriendo un espacio para relacionar los nuevos ámbitos de sociabilidad, sus asociaciones y sus publicaciones orgánicas, permitiendo profundizar en la labor y función de editores, libreros, en el público y mercado receptor y la influencia de los miembros de círculos culturales. Pero, por lo pronto, con los aportes de la obra reseñada se llena un hueco importante en el estudio de las sociabilidades y vida cultural de la historiografía porteña, lo cual constituye un logro que hace que este libro merezca una atenta lectura.

Alicia SAN MARTÍN MOLINA
Universidad Complutense de Madrid